

Una vida en los campos

Juan Domingo González Teruel

3º ESO



Juan Domingo González Teruel | 3º de ESO

Una vida en los campos

Todo comenzó el día 17 de enero de 1938, cuando aún no existía la televisión ni los teléfonos móviles, cuando las calles todavía eran de tierra y resultaba raro ver un vehículo motorizado circulando por ellas, cuando el hambre acechaba sin descuido al pueblo y las enfermedades rondaban sigilosamente por la zona, dejando tras de sí numerosas víctimas, cuando el río aún traía agua. En plena guerra civil y en una humilde casa situada en la calle Concepción de Javalí Nuevo, un pueblo perdido en medio de la provincia de Murcia, nació el protagonista de nuestra historia; su nombre, Juan González Almagro. Tenía los ojos marrones y el pelo negro como el carbón. Era el primer hijo de Juan y Josefa, que vivían tiempos amargos por la situación en la que se encontraba el país.

Tiempos jóvenes

El muchacho pasaba las horas muertas en las eras y en la huerta, jugando con sus amigos a las canicas, a las peonzas y al "capitán", entre otros juegos. El capitán era como el escondite actual, todos se esconden y uno los busca. De vez en cuando también iba al cine, en el que se cobraba por altura.

Juan comenzó a ir a la escuela a los seis años. Su asistencia al colegio era irregular, ya que muchos días tenía que ayudar a su madre en las tareas de la casa. Pero Juan ya sabía que su futuro no dependía de los estudios y, poco tiempo después, comenzó a hacer lo que siempre ha hecho, sigue haciendo y lo único que le ha dado de comer en esta vida: trabajar. Empezó

escardando cebolla y limpiando bancales. Después comenzó a colocarse en las fábricas, donde no le hacían contrato porque era menor de edad y donde le pagaban dos duros. Allí, cuando ya no hacía falta, lo echaban. Estuvo en fábricas de losa y de madera y, cuando lo despidieron, comenzó a dedicarse a las tareas de la huerta cosechando patatas. Después lo contrataron para recoger albaricoques en Mula, donde tenía que llevar un tutor porque era menor de edad. Después de Mula le ofrecieron que se fuese a Zaragoza a seguir cogiendo albaricoques pero, debido a su corta edad, su padre no lo permitió.



Mientras Juan trabajaba y trabajaba duramente para ayudar a su familia, fueron naciendo sus hermanos. Primero llegó Antonio, después José y después Josefa, que murió a los seis años de edad a consecuencia de una pleuresía. Ese fue un duro golpe para su madre que, en un intento desesperado por traer otra niña, tuvo a su cuarto y último hijo, Diego. Juan tenía que alternar el trabajo con el cuidado de sus hermanos, aunque también le quedaba tiempo para jugar con sus amigos.

La adolescencia

A los catorce años, Juan se echó su primera y única novia, Josefa, procedente de una familia pobre cuyo padre era tuerto y tenía un carro y un burro para vender cebollas y cuya madre apenas se podía mover, atacada como estaba por las jaquecas. La conoció mientras paseaba con sus amigos por el pueblo. Decidieron acercarse a un grupo de chicas que andaba por la zona y así surgió todo. Demostraba todo su amor hacia ella dándole todo lo que tenía. Todo el dinero que conseguía se lo daba a ella.

Los padres de Juan se enteraron pronto de la relación porque su padre se tomaba las copas junto al padre de Josefa en la taberna. En un pueblo tan pequeño, las noticias llegan de una punta a otra en cuestión de horas e incluso minutos. La madre de Juan estaba a favor de la relación, sin embargo su padre estaba en contra, porque decía que ella procedía de una familia muy pobre pero, a pesar de la contraposición de su padre, Juan continuó con su noviazgo. Aún recuerda como si fuera ayer aquellas noches en las que tenía que pedir permiso al padre de su novia para entrar en su casa y sentarse al lado de ella, mientras la madre los vigilaba con la mirada para ver lo que hacían.

A los diecisiete años comenzó a trabajar en un horno de pan, en el que le pagaban veintiún duros todas las semanas y le daban un pan cada día. Entraba a trabajar a las diez de la noche y, cuando salía por la mañana, se

iba a Alcantarilla a traer leña o a Murcia a traer harina. Cuando llegaba a su casa a las dos de la tarde, comía y se acostaba hasta el día siguiente, en que tenía que volver a trabajar.

El servicio militar

Tres años más tarde llegó la hora de irse al servicio militar. Marchó el 20 de septiembre de 1958 a la estación militar de San Javier. Los primeros cuatro meses estuvo haciendo bombas de yeso para las prácticas de los aviones. Tras esos cuatro meses lo destinaron a los paracaídas, en los que estuvo los dieciocho restantes. Juan cuenta orgullosamente que conoció al Rey, al que colocaba el paracaídas todos los días, aparte de al resto de alumnos que también iban a aprender a volar. Al Rey lo enseñó a volar el comandante Prieto, su profesor particular. Juan estuvo sólo una vez en el calabozo y fue por una equivocación: cada mes tenían que hacer un trueque entre los paracaídas que tenía la Base y el cargamento de paracaídas que venía desde Albacete y, en uno de estos trueques faltó un paracaídas, así que el teniente lo puso a buscarlo por todos los barracones y avionetas. Al final, el paracaídas apareció en una bolsa equivocada y el teniente, sin pensárselo, hizo pasar a Juan y a cuatro más la noche en el calabozo. Al día siguiente se enteró el jefe del cuartel y esa decisión provocó una discusión entre él y el impetuoso teniente.

A la vuelta del servicio militar, la única preocupación de Juan, después de más de dos años fuera, era que su novia se hubiera ido con otro hombre; y la verdad es que quisieron liarla con alguien, pero ella siguió siendo fiel.

El matrimonio

El tiempo fue pasando hasta que, a los veintiséis años de edad, Juan decidió casarse con la única mujer de su vida; una mujer que posteriormente sería capaz de movilizar al pueblo para parar al tren, reivindicando que

construyeran unas pasarelas sobre la vía y de cortar la carretera en varias ocasiones tras el atropello de dos chicas. El motivo principal de la boda fue que Josefa trabajaba demasiado y en su familia vivían muy mal; de hecho, Josefa llegó a la boda en ayunas. Juan lo único que quería era que su novia tuviera una buena vida y que estuviera junto a él. El día de la boda estaba lloviendo y las calles, que eran de tierra, estaban embarradas. Juan estrenaba su primer traje y sus segundos zapatos; los primeros los estrenó en su comunión. La comida, a la que acudieron sólo los familiares más cercanos, se hizo en un bar del pueblo. Juan y Josefa se trasladaron a vivir a una casa que habían construido en el solar que el padre de Juan compró para él y para sus hermanos.

La paternidad

Poco tiempo después llegó su primer hijo, Antonio. Cuatro años más tarde nació Bartolomé y un año después José Juan, de manera involuntaria. Juan vivió en directo el nacimiento de su primer hijo. Cuando nacieron los otros dos, él estaba trabajando; fijaos que ni el nacimiento de sus propios hijos le hacía incumplir su deber.

Mientras sus hijos crecían, Juan trabajaba duro para poder asegurarles un futuro mejor.

Compró una nave para criadero de cerdos para conseguir dinero extra pero, cuando tenía veintisiete cerdas en producción, vino una epidemia y arrasó con todo. Vendió la nave y compró, junto con su jefe, unas tierras en Librilla. Antonio ayudaba a su padre a trabajar las tierras pero, cuatro años después de comprarlas, decidió venderlas porque vio que su jefe se estaba aprovechando de él. Tras la venta de los terrenos de Librilla, Juan compró una finca con casa y piscina en La Pilica, por la zona de las Torres de Cotillas y dos solares de 900 metros cuadrados cada uno en Javalí Nuevo. Por último, en una desafortunada decisión, decidió vender todos los

solares y la finca para comprar una casa a su hijo José Juan y un coche a su hijo Bartolomé.

Juan cuenta con tristeza que eso es lo único que le pesa en esta vida: que ahora podría tener un montón de solares y de dinero para sus hijos y sus nietos. Pero, por otra parte, mira hacia atrás y ve el trabajo de toda una vida que ha visto recompensado con la familia que ha conseguido formar.

La vejez

En la actualidad, Juan se dedica a realizar trabajos en la huerta y a su hobby principal, la colombicultura. Junto a su hermano Antonio y su hijo Bartolomé tienen cientos de palomos y palomas con los que participan en diversos concursos de la región. Esta afición la tenía ya desde pequeño porque, cuando nació, su tío ya tenía palomas. Más tarde comenzó a tener las suyas propias.

Realiza numerosos viajes al año junto a su mujer y a muchos ancianos de su edad por toda España, organizados por la Asociación de Auroros del pueblo. Con esos viajes se ha recorrido media España y ha conseguido ver cosas nuevas y aumentar sus vivencias personales.

La herencia de Juan ha aumentado. Ya van cinco nietos. Dos por parte de su hijo Antonio, uno por parte de Bartolomé y dos de José Juan, de los cuales uno es una niña. Sigue viviendo en la misma casa a la que se mudó tras casarse, aunque la ha reformado recientemente. Encima vive su hijo Bartolomé. Estas dos casas se comunican con las casas de dos de los hermanos de Juan: Antonio y José. Diego heredó la vivienda de su madre. Todos los hermanos de Juan consiguieron formar una familia, pero ésa ya es otra historia... ■

Pasión, entrega y amor

Julio José Jiménez Romero

1º Bach.



Julio José Jiménez Romero | 1º de Bachillerato

Pasión, entrega y amor

Encarna nació el 27 de mayo de 1934 en un humilde y modesto pueblo de la provincia de Granada llamado Huéscar, situado junto a la Puebla de Don Fadrique.

Segunda de las hijas de Lorenzo y Manuela, se crió en dicho pueblo granadino junto a su hermana mayor, Ángeles, y a sus dos hermanos pequeños, Domingo y Lorenzo.

En el año 1936 estalló la Guerra Civil Española, durante la que Granada fue frontera entre las tropas nacionalistas y la zona republicana. Lorenzo, padre de Encarna, era pertiguero de profesión. Tenía un camión, pero en el conflicto bélico se lo robaron los militantes del bando republicano, quedándose así sin su herramienta de trabajo más valiosa. Eran tiempos difíciles los de la posguerra para la familia de Encarna; Lorenzo se quedó sin trabajo y su mujer, Manuela, tuvo que ponerse a trabajar bordando y cosiendo para poder salir adelante. En esos años, el dinero perdió en España todo su valor y los cinco millones que el cabeza de familia había ahorrado durante toda su vida de repente no valían nada. Fue entonces cuando la hermana de Manuela, Tomasa, residente en Alcantarilla, buscó allí casa a la familia de Encarna. En el año 1939, se trasladaron a vivir a la villa de la provincia murciana, donde Lorenzo se puso inmediatamente a trabajar transportando sacos de trigo, arroz,... para sacar a sus hijos y a su mujer adelante.

La familia se instaló en una planta baja, de dimensiones no muy corrientes, que constaba de tres dormitorios, baño, cocina, comedor y un pequeño porche. Por supuesto, la vivienda era de arrendamiento, como era usual entre la gran mayoría de los hogares que componían el pueblo murciano. La casa se encontraba ubicada en el Camino de los Romanos, en el barrio de Campoamor, que por aquel entonces era todo de tierra.

Manuela, mientras tanto, se encargaba de trabajar cosiendo, junto con la difícil tarea de criar y educar a sus cuatro hijos, que pronto serían seis, con los nacimientos de Rosario y, más tarde, de Isabel. La convivencia entre todo el grupo de hermanos era muy agradable, aunque de vez en cuando tuvieran, sobre todo las chicas, discusiones por la ropa que vestían.



Ángeles pronto aprendió el oficio de su madre y empezó a ayudarla en esa tarea. Mientras, Encarna ingresó en el colegio de Alcantarilla a los seis años de edad. El colegio constaba de un patio y un piso; en la planta inferior se encontraban los chicos, mientras que el piso superior era para las chicas. La maestra de Encarna se llamaba doña Josefina y era la encargada de impartirles clases; los jueves, por ejemplo, aprendían a bordar y coser y otro de los días de la semana lo dedicaban sólo a la Religión, aunque cotidianamente rezaban. La maestra era exigente, sobre todo a la hora de realizar dictados y, cuando los alumnos tenían demasiadas faltas ortográficas, los hacía ponerse de rodillas como castigo; eran otros tiempos y otras formas de contemplar situaciones...

La niñez de Encarna fue como la de cualquier chica de aquella época, en la que los juegos como el parchís, el escondite y el fútbol eran los más utilizados para la diversión, junto a sus mejores amigos y amigas, como por ejemplo Pepe, Pedro, Agustín, Carmen, María, Conchita, y un largo etcétera de vecinos y vecinas. Ella y sus amigos celebraban con júbilo las fiestas de San Roque, que por aquel entonces hacían el papel que hoy hacen las fiestas de la Virgen de la Salud. Otra de las fiestas populares que se comenzaron a celebrar fueron las de San Pancracio, a partir de la construcción de la nueva iglesia de Nuestra Señora de la Asunción en el barrio de Campoamor.

La infancia de Encarna acabó pronto, concretamente a los doce años de edad cuando, tras comprobar que no servía para emprender estudios superiores, se incorporó a trabajar a una fábrica de hojalata con su amiga María. El trabajo consistía básicamente en dejar nuevos los botes viejos que el jefe compraba. El sueldo que la joven percibía era entregado inmediatamente a sus padres, que se encargaban de administrarlo por y para el bien familiar ya que, aunque poco a poco el país se fuera restableciendo tras la guerra, las dificultades económicas seguían siendo notables; tanto así que se duchaban cada ocho días en un barreño de agua caliente con un cazo. La

familia se reunía todos los días a la hora de la comida, sobre las dos de la tarde, siendo las comidas más típicas el arroz y habichuelas, la olla gitana, las lentejas... Y los domingos habitualmente se hacía arroz y conejo.

Encarna y sus amistades básicamente se dedicaban a pasear por el centro de Alcantarilla, concretamente por la Calle Mayor. En invierno, debía recogerse al atardecer, mientras que en verano podía demorarse como mucho hasta las diez de la noche ya que, si lo hacía a horas más tardías, su padre cerraba la puerta de casa para que no entrara ni ella ni sus hermanas. Sus padres no eran demasiado severos con ellas, todo se basaba en el respeto y la educación para llevar una magnífica relación entre padres e hijos. Un día Ángeles, la mayor de las hermanas, contestó de mala manera a Lorenzo, su padre, que le respondió con un bofetón en la cara. Por la fuerza del impacto Encarna, que se encontraba al lado de su hermana, cayó al suelo también. Ésta es la única vez que Lorenzo tuvo que levantar la mano a alguna de sus hijas.

Los cumpleaños en su familia no se celebraban como hoy día, aunque los santos sí. Recuerda Encarna que, cuando era el santo de algún amigo o amiga, se regalaban una tarjeta de felicitación y una pastilla de jabón. En casa, los santos se celebraban reuniéndose en casa con sus amigas y comiendo galletas que preparaban Encarna y su madre. Cuando era el santo de Lorenzo, éste traía un melón a casa y Manuela hacía de comer arroz y conejo.

Poco a poco la muchacha crecía, mientras seguía trabajando en la fábrica de chatarra. La madurez adquirida en su infancia le hizo no notar casi las responsabilidades que con los años tuvo que ir asumiendo. A la hora de salir con las amigas en la juventud, sus padres eran más estrictos con la hora de recogida, ya que empezaban a pretenderla los chicos del pueblo y eso para los padres era una preocupación, porque Encarna seguía siendo muy joven.

A la edad de dieciséis años, la fábrica donde trabajaba se trasladó a otro pueblo y la joven tuvo que buscar rápidamente faena en otro lugar. Fue en

la empresa de tapones de cerveza El Águila donde encontró su segundo y último empleo antes de casarse. Por las noches, Encarna también se dedicaba a bordar juegos de sábanas para que su madre los vendiera. El trato de sus padres hacia sus hermanos y hermanas era el mismo. Los domingos, todos se levantaban a las seis de la mañana para recorrer las calles del barrio rezando el rosario y más tarde se acercaban a la iglesia a oír misa.

En los temas políticos, Encarna y el resto de sus hermanos y hermanas estaban muy al margen, ya que casi ni sabían qué era eso de la política. En su primera casa de Alcantarilla, en la que vivía con sus padres y hermanos, había en el despacho de su padre dos retratos: uno de Francisco Franco y otro de José Antonio Primo de Rivera, por lo que se supone que su padre era partidario del régimen franquista. Las vacaciones de la familia eran en invierno, ya que su padre las cogía en esa estación. El destino de esas vacaciones era una semana en los baños de Mula, donde alquilaban una casa rural.

Era la primavera de 1961, Encarna y sus compañeras de trabajo recorrían todos los días las calles de Alcantarilla para ir a la fábrica de la cerveza El Águila, pero por el camino se detenían a comprar un cartucho de pipas o torraos en el puesto que un joven llamado Julio tenía en la zona de Entrevías. Fue allí donde la chica conoció al que meses después sería su novio y, más tarde, futuro marido. A Julio le gustó desde un principio la joven y, para acercarse a ella, se hizo amigo de su hermano Lorenzo. Fue así como, poco a poco, se fueron conociendo, hasta que en Semana Santa Julio se acercó a pedirle a Encarna su traje de nazareno; así comenzó su noviazgo.

Cuando eran novios tenían que salir acompañados de más gente, ya que no estaba bien visto que los novios salieran solos a la calle. El primer beso que se dieron fue a los seis meses de conocerse; sucedió justamente el día en que Julio entró a la casa de su amada y fue presentado a sus padres. Más tarde, sería Encarna quien conocería a sus suegros; a la madre de Julio, en un principio, no le agradó la novia de su hijo ya que, a su entender, pare-

cía muy poco trabajadora por el físico tan bonito que tenía pero, al cabo del tiempo, Marcelina, la madre de Julio, se dio cuenta de que no llevaba razón.

En verano casi ni se veían, ya que Julio estaba trabajando en el puesto de helados en Entrevías y no tenía demasiado tiempo libre, aunque los domingos por la tarde siempre buscaba un hueco para ir a casa de Encarna a visitarla. En temporada de invierno, la pareja solía encontrarse en casa de ella, sobre todo al atardecer; y por las noches Julio que, como siempre, quería tener a su novia contenta, la invitaba a cenar en el Bar Rialto, acompañados de Rosario, hermana de Encarna y su novio Perico.

Poco a poco la pareja se iba consolidando. Ambos estaban muy enamorados y Julio, un año después de establecer la relación, decidió empezar a construir la casa donde más tarde comenzarían su vida como casados. El enlace matrimonial se produjo el 1 de abril de 1963, a las seis de la tarde, en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. La suegra de Encarna le regaló la tela para el vestido de novia, junto con 3.000 pesetas, con las que ella se compró el ajuar. El evento no tuvo convite posterior, aunque sí una pequeña cena familiar.

El viaje de novios fue a Barcelona, lugar elegido por el matrimonio ya que Tomasa, tía de Encarna, había ofrecido su casa para que los recién casados se hospedasen. El viaje duró ocho días; ocho días en los que la pareja lo pasó muy bien.

Cuando regresaron se instalaron en su nueva casa, la que Julio había construido para cuando dieran el feliz paso de contraer matrimonio. Al año y poco tiempo de estar instalados, decidieron poner el negocio familiar, la heladería, en el bajo que había justo debajo de la vivienda.

El 7 de enero de 1964 les nació el primer hijo, al que pusieron por nombre también Julio, como su padre. De pequeño era muy revoltoso, descuidado y siempre quería hacer lo que le apetecía pero, entrado en la juventud, sentó la cabeza y se convirtió en un eficaz estudiante. Llegó a sacarse la

carrera de Magisterio y pronto empezaría a dar clases de religión en institutos y colegios; pero ésa no era la verdadera vocación de Julio, ya que él había sentido la llamada de Dios y, por lo tanto, quería servirle durante el resto de su vida. Ingresó en el seminario para llegar a ordenarse sacerdote. Julio recibió todo el apoyo de sus padres en la decisión que había tomado y esto produjo un extra de autoconfianza en el joven.

El 20 de septiembre de 1966, Encarna dio a luz, en la clínica de las monjas de Alcantarilla, a la hija del matrimonio, a la que le pusieron por nombre Lina que era, como su hermano mayor, una niña muy revoltosa que en todo momento quería estar cerca de su madre. Estudió hasta los 14 años para sacarse el graduado escolar, a la vez que ayudaba a la familia en el negocio de la heladería. Cuando tenía quince años de edad, Lina conoció a José, hombre con el que en 1989 se casaría y con el que tendría tres hijos. El primero de ellos llevaría por nombre Julio José y nació en 1991.

Julio y Encarna habían deseado con mucha ilusión tener un nieto; por eso lo disfrutaban todo lo que podían, pero en el año 1995, un cáncer de riñón apartaría a Julio de su mujer, de sus hijos, y del hasta entonces único nieto. La noche del 28 de abril del 95, Julio moría en la Clínica de San José de Alcantarilla; horas después, su hija Lina daba a luz a su segundo hijo, Javier, que no llegó a conocer a su abuelo materno.

La pérdida del abuelo de la familia fue un durísimo golpe para Encarna, sus hijos y su nieto que, aunque sólo tenía cuatro años, notaba la ausencia de su abuelo. Esta pérdida supuso el cierre inmediato del negocio familiar; pero, en el verano de 1996, el hijo mayor de Encarna, Julio, decidió abrir la heladería de nuevo con la ayuda de su hermana, Lina, el marido de ella y unos cuantos amigos. Pero, tras ese verano, la cerraron definitivamente.

En el año 2003, Lina tuvo a su tercer hijo, que en este caso fue una niña y que se llamó Irene. La nieta de Encarna, a día de hoy, es su ojito derecho, ya que juntas comparten muchos momentos del día.

Encarna en la actualidad está muy feliz con la vida que lleva, aunque a veces se queje del trato que sus hijos y nietos le dan; al fin y al cabo, sabe que la quieren y que ella es muy importante en sus vidas. Las mañanas de Encarna son muy entretenidas. Sale a andar un rato, luego va al supermercado a realizar alguna compra, recoge el pan, hace la comida para la familia... Los fines de semana se reúne con sus amigas y hermanas para jugar a las cartas en alguna casa.

Económicamente no se queja, ya que no tiene dificultades para vivir y se puede permitir de vez en cuando algún capricho. Lo que más desea es salud para ella y su familia; es lo único que en realidad le importa... ■

Vida de una mujer trabajadora

Adrián Cascales Martínez

3º ESO



Adrián Cascales Martínez | 3º de ESO

Vida de una mujer trabajadora

Acababa de comenzar el otoño de 1929 cuando Juana dio a luz a su segunda hija. Francisco, el marido, ganadero de profesión, no estuvo presente en el parto; fue la comadrona doña Teresa quien ayudó a Juana a dar a luz a Isabel López García. La alegría de su nacimiento se combinó con un buen susto: antes de que la bautizaran, advirtieron a los padres de que Isabel se iba a morir. Afortunadamente eso no ocurrió y fue una falsa alarma. Isabel, llamada así por su abuela, se crió junto a su hermano Pedro y después con su otro hermano Alfonso en una casa en la calle Tropel, hasta que a los cinco años se mudó a otra situada en la que era entonces la carretera de Barqueros; delante de la puerta había un eucalipto al que muchas personas acudían a coger hojas, porque resultaban medicinales. Ahí fue donde vivió Isabel el nacimiento de Encarna, su penúltima hermana y la guerra civil durante la que, algunas veces, cuando había bombardeos, huía a los cabezos a esconderse o también al hoyo de la basura de los animales de la casa hasta que, en 1939, la guerra terminó e Isabel y su hermano mayor pudieron hacer la primera comunión, ya que durante la contienda no había iglesias en uso.

Isabel vistió un vestido rosa y llevó el pelo negro y, como era normal entonces, no hubo banquete ni celebración. Luego nació su última hermana, Paquita. Durante la niñez, Isabel se crió con su abuela junto a todos sus hermanos, ya que su madre sufrió una enfermedad y durante un tiempo no pudo cuidar de ellos. Compartía habitación con sus dos hermanas y,

cuando ya fue algo mayor, ayudaba a su madre en las tareas domésticas y en las compras. Después comenzará la dura vida de trabajo, porque en la escuela Isabel no hacía nada, era una malísima estudiante, aunque probó en las Monjas, en la escuela de don Joaquín, en la de doña Carmen..., pero en ninguna aprendía. Por este motivo fue por el que Juana sacó a su hija de la escuela.

Mientras pasaba el tiempo, aumentaban las responsabilidades de Isabel en su casa, ya que era la hermana mayor. Cada vez tenía más tareas: hacer la comida y la cena, dar de comer a sus hermanas pequeñas, fregar, lavar,



ayudar a su padre con el ganado... También, cuando fue algo mayor, trabajó en la lechería que abrieron sus padres, negocio que cobró mucha fama en Alcantarilla. Sus hermanos estaban en la mili y después trabajando. Encarna se dedicaba a coser y Paquita también se iba a trabajar. En una vida con tanta faena, había poco tiempo para salir con los amigos o a ir a las fiestas; por eso Isabel no salía mucho y, si lo hacía, la recogida era bien temprano. Le encantaba ir a las fiestas de la huerta, donde vivía Mateo, su futuro novio y marido. Una noche Isabel recibió la única paliza que le dio su padre; fue con una correa y por llegar tarde a casa. Esta fue la única vez que Francisco o Juana pusieron la mano encima a sus hijos. No obstante, Juana les daba algún "repizco" que otro algunas veces.

En una de esas pocas salidas que hizo, Isabel conoció a Mateo, con el que mantuvo once años de relación hasta que se casaron. Durante todo ese tiempo, Isabel salía con su novio cuando podía pero, otras veces, era Mateo quien acudía a la puerta de la casa de su novia y estaba con ella hasta que Francisco tosía irónicamente y Mateo cogía su bicicleta y se iba. Esto siguió hasta que el padre de Isabel murió inesperadamente el día 16 de noviembre de 1952. Aunque ya estaba enfermo, su muerte vino por sorpresa. Murió justo después de que Encarna le sirviera un vaso de coñac. El entierro fue en la iglesia de Campoamor y acudió muchísima gente. Isabel guardó muchos años de luto.

Después, el 27 de marzo de 1958, Isabel se casó con Mateo Cascales, también en la iglesia de Campoamor, después de haberle "tomado el dicho". La muchacha vestía un traje largo blanco; a la boda acudieron unos cien invitados, todos de estreno. El banquete se celebró en el Casino Viejo y la comida fue a base de bocadillos y pasteles de carne. Con esto comenzó la nueva vida de Isabel, en la que ya no estaba controlada por nadie. Vivió en una casa de la calle Tropel junto a su marido, aunque muy frecuentemente iba a la casa de la huerta, donde él trabajaba diez tahú-

llas. Más tarde, Isabel se tuvo que poner a trabajar en las conservas Hero para ganar más dinero, porque el trabajo de Mateo en la huerta era de tipo familiar y, con frecuencia, venían contratiempos como las heladas o las granizadas y la tierra no daba todos los beneficios que se quería, además de que les había nacido un hijo.

Cuando Isabel tenía veintiocho años, y después de veinte meses casada tomó, junto a su marido, la decisión de tenerlo; y así fue, pues el día 1 de julio de 1959 Isabel dio a luz a su primer y único hijo Paco, llamado así por tradición. La mujer lo crió lo mejor que pudo hasta que, a los cinco años del niño, se tuvo que poner a trabajar de nuevo en la empresa Hero; entonces sus hermanas eran quienes cuidaban al pequeño y, cuando ya tuvo la edad, su madre lo llevaba a la escuela en la calle Mula. Isabel lo mimaba mucho y siempre lo llevaba cogido de la mano a todos sitios.

Cuando Paco tenía unos trece años murió su abuela Juana. Isabel lo pasó bastante mal, al igual que sus hermanas, y su hijo no quería volver a casa pues estaba muy triste. Tiempo después, Isabel siguió cuidando de Paco mientras estudió Magisterio. Luego el chico se marchó a la "mili", manteniendo así un largo periodo de distanciamiento de su madre. Años más tarde conoció a Antonia, con la que vivió la muerte de su padre.

En 1987, Isabel fue la madrina en la boda de su hijo con Antonia Martínez. Dos años después, cuando Antonia estaba embarazada de su primer hijo, murió Mateo el 6 de julio de 1989. Isabel lo pasó muy mal y guardó mucho tiempo de luto. Fue una época dura, pues dos meses después murió también el hermano mayor de Isabel, Pedro, a los sesenta y dos años de edad. El sufrimiento fue doble hasta que, a principios de octubre, nació su primer nieto, llamado también Paco, hecho que la animó y le ayudó a superar las recientes muertes vividas. La mujer comenzó así su nueva vida como viuda. Ya estaba retirada, vivía sola y podía pasar más tiempo con sus hermanas y con su hijo. En 1991, el día 7 de abril, falleció repentinamente

de un infarto Alfonso, el otro hermano de Isabel. Dos años después nació Adrián, su segundo nieto. Luego se cambió a vivir a un piso en la calle de la Cruz, su actual residencia.

En la actualidad, a Isabel le encanta estar con su familia; de hecho pasa casi todo el tiempo en casa de su hijo o visitando a su hermana Paquita. Le gusta poco salir o irse de viaje. Acude frecuentemente a misa y es bastante religiosa. Le gusta también ir a la huerta y allí cuidar de sus plantas y sus macetas o tomar el fresco en la puerta. De salud anda bien pues, a pesar de su avanzada edad, no tiene muchos problemas.

Esta es la historia de la vida de una mujer como Isabel, marcada por el trabajo. Una vida en la que ha sabido salir adelante ella sola, sin más ayuda que la de su coraje y esfuerzo, sin pronunciar nunca reproche alguno. Gente como Isabel abunda en todas las familias; personas que han estado atrapadas en una larga vida de duro trabajo y que, en la mayoría de los casos, no han recibido ningún reconocimiento ni por parte de los más cercanos ni de la sociedad. Por ello creo que debemos reflexionar y tratar a estas personas como de verdad se merecen: como a heroínas... ■

Recuerdos de una vida

Alfonso Hellín Peñalver

3º ESO



Alfonso Hellín Peñalver | 3º de ESO

Recuerdos de una vida

Carmen nunca tuvo demasiada suerte en la vida. Mientras hablaba con su nieto, iba recordando la vida que había llevado y no parecía estar muy contenta de ella... Nació el día 4 de diciembre de 1926. Su casa se encontraba en Javalí Viejo, en la calle Corredera, número 23. Era una casa de "atobas", de dos plantas.

Cuando nació ya tenía otras dos hermanas, Anita y Vicenta y era su madre la que cuidaba de ella. Su padre era tratante y su madre ama de casa. En su casa tenían cerdos, conejos, un caballo, una mula y un burro, de los que sacaban comida o los criaban para venderlos.

Cuando Carmen creció, su padre enseguida la puso a trabajar con él, cuidando a los animales y poco más tarde la llevó al Soto Planes. El soto era un huerto de su padre donde plantaban ajos, cebollas, pimientos, berenjenas... Carmen pasó los años trabajando mientras sus hermanas mayores no hacían nada.

Salía bastante a jugar con sus amigas a la calle. Recordaba un juego que le gustaba mucho; se llamaba las 4 esquinas. Decían:

- ¿Hay lumbre?
- A la otra casa huyen.

Y tenía que cambiar de casa –de esquina– antes de que otra te quitara el puesto. También recordaba otros juegos, como el escondite y saltar a la comba.

A los ocho años, Carmen decidió ir a la escuela. Cuando su padre se enteró se lo prohibió enseguida. Su señorita, Ángeles, fue a verlo muchas veces a casa intentando convencerlo, pero no había manera. Se acordaba de una noche en la que, cuando terminó de cenar, le dijo a su padre:

- Papá...
- ¡Shhh, a callar! ¿Tú en misa hablas? Pues aquí, igual.
- Pero, papá, quiero hablar con usted...
- ¿Qué me vas a decir? ¡Venga, habla!



- Pues que he pensado ir yo por la mañana a la escuela y por la tarde a la huerta...
- ¡He dicho que no y no!

No había nada que hacer. Carmen se llevaba el libro a la huerta y, cuando su padre no la veía, se aprendía la lección. Acudió varias veces a la escuela engañando a su padre y, en una de esas, su señorita le enseñó una poesía que dice así:

*"¡Qué linda en la rama,
la fruta se ve!
Si lanzo una piedra
tendrá que caer.
No es mío este huerto,
no es mío, lo sé:
mas yo de esa fruta
quisiera comer.
Mi padre está lejos,
mamá no me ve,
ni hay otros niños...
¿quién lo ha de saber?
Mas yo no me atrevo
y no sé por qué;
parece que siempre
sus ojos me ven...
Papá no querría
besarme otra vez,
mamá lloraría
de pena también.
Mis buenos maestros
dirían tal vez:*

*¡Qué niño tan malo,
no jueguen con él!
¡No quiero, no quiero,
no lo voy a hacer!
Llegado a mi casa
caricias tendré,
abrazos y besos
y frutas también.”*

Tendría unos ocho años cuando nació su hermano Diego; poco después Carmen se hartó de esa vida y, al cumplir los dieciséis años, le dijo a su madre:

– ¡Mamá, dígame usted al papá que me voy de casa!

Y así fue. Se fue a vivir a la casa de una prima hermana de su madre y enseguida se puso a trabajar de criada en Murcia, con un sueldo mísero de cuatro duros al mes. Poco después de irse nació su hermana Fina.

Al poco tiempo conoció a Diego Hellín, quien muy pronto se encaprichó de ella. Como a ella le gustaba un chico que era de La Ñora llamado Zacarías y Diego tenía 10 años más que ella, a Carmen no le gustaba nada Diego; le gustaba tan poco que, cuando lo conoció, le dijo:

- Mira, haz el favor de irte a criar a tus hijos...
- Mira tú, lo único que yo haría sería casarme contigo, ¡pero ya!
- ¿Casarte tú conmigo? ¡Ja!, tú cría a tus hijos...
- ¿Yo hijos?
- ¡Pues claro que sí! ¡Contigo me voy a casar yo, espérate! Mira, nene, a reírte de tu madre...
- Mira tú, haz el favor de a mi madre dejarla quieta, que yo vengo con muy buenas intenciones y no me he reído de nadie y menos de una del pueblo.

- Pero, bueno, a mí no me gustas y, si no me gustas, pues ya está. Yo quiero uno que sea de mi edad, un año o dos más o menos pero, ¿diez años? ¡Venga ya!

Después de correr tras ella muchísimo, el chico consiguió que le diera una oportunidad. Al poco tiempo se enfadaron por culpa de la chica porque, a la hora de salir, a Carmen le gustaba ir arreglada y él arreglado iba, pero en cambio llevaba zapatillas y, como a ella no le gustaba mucho, le dijo que hasta que no se pusiera zapatos con ella no salía. Y así estuvieron un tiempo hasta que Diego le escribió una poesía:

*"Señor, Señor:
¿Es mi deber olvidarla?,
Quiero olvidarla y no puedo,
pues parece que a mi vida
la unen argollas de hierro.*

*Y en tanto que vida tenga,
ha de existir su recuerdo,
teniendo en mi ser culto,
altar, sitio y templo.*

*A la Virgen del Pilar
le he pedido que me quieras;
ya que no lo haces por mí,
¡hazlo por ella siquiera!"*

Así que Carmen le perdonó y a sus veintitrés años se casó con él. La boda se celebró por todo lo alto en Javalí Viejo, con todos los familiares y con banquete. Cuando se casaron, a Carmen no le gustaba del todo el hombre, pero aun así lo hizo; por ello pudo dejar de trabajar de criada y se mudaron a casa de Diego, en Javalí Viejo.

Al año de casarse tuvieron a su primer hijo Pepe y, a los dieciocho meses, a su segundo hijo Juan. Carmen recuerda cómo les hacía las papillas caseras con trigo. Unos años más tarde nació su hija Francisca, más conocida como Paquita, y después Mari Carmen. Todos fueron criados y educados por ella, mientras su marido trabajaba en la fábrica de la pólvora. Recuerda un viaje que hicieron con su hermano Diego y la mujer de éste a Barcelona durante una semana. Fue posiblemente el mejor de los pocos que disfrutaron.

Años después se casó su hijo Pepe con una chica llamada Josita y, al poco tiempo, su otro hijo Juan se casó con Nieves. José tuvo dos hijos, llamados Diego y Alfonso y una hija, Carmen. Juan tuvo también dos, Iván y Aída.

A Diego, el hermano de Carmen, le habían diagnosticado una enfermedad que hacía que produjese más sangre de la que debía y le provocaba dolores muy fuertes y mareos así que, un día de verano, sucedió algo que nadie se esperaba... La hija y la nieta de Diego habían quedado en cenar en su casa. Al llegar y ver que no estaba, la hija le preguntó a la madre:

- ¿Dónde está el papá?
- Me ha dicho que se iba a dar un paseo, pero tendría que haber vuelto ya. Vamos a cenar enseguida. Hija, ve a buscarlo, mientras yo ayudo a tu abuela con la cena.

La nieta salió de la casa a buscar a su abuelo y cuál fue su horror, cuando lo vio que se había ahorcado en un olivo. El hermano de Carmen se había suicidado y aún nadie tiene muy claro por qué... Años más tarde de aquello, su hija Mari Carmen se casó y tuvo un hijo. Carmen no recordaba o no quería recordar mucho más de su vida.

Con setenta y ocho años, su marido se rompió la cadera, debido a una osteoporosis y se quedó en silla de ruedas. Unos diez años más tarde, Diego murió y Carmen se quedó viuda. Tiró para adelante hasta que un infarto

intestinal casi acabó con su vida. Tuvieron que hacerle dos intervenciones y extirparle varios metros de intestino. Desde entonces se quedó muy débil y sus hijos tuvieron que contratar a una cuidadora. Ahora, a sus 81 años, Carmen se ha recuperado y sus aficiones son la lectura y el ganchillo.

Y esto es todo lo que ha recordado de su vida mientras se la contaba a su nieto pequeño, Alfonso ■

Historia de Sebastiana Ortuño Martínez

Nuria Martínez Ortuño

3º ESO



Nuria Martínez Ortuño | 3º de ESO

Historia de Sebastiana Ortuño Martínez

Bueno, para empezar, yo nací en Alcantarilla, calle del Beato, creo que número 2, no estoy segura. Mi fecha de nacimiento es el día 14 de noviembre de 1931. Recuerdos de mis abuelos tengo pocos. Habían muerto antes de cuando puedo recordar; tenía yo creo que cinco años, pero a esa edad no podía darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

Entonces mi madre nos llevaba a la huerta por la mañana y volvíamos por la noche. Mi padre trabajaba en la huerta: cultivaba la tierra, hacía de albañil y también de "matacerdos"; hacía de todo. Hermanos somos cinco: Paco, Salvador, yo, María y Josefa; los dos primeros, como eran hombres, pudieron ir a la escuela.

A mi madre se le murieron dos hijos; uno era mayor que yo y se llamaba Fulgencio, por el padrino, y el otro fue Ángel, que nació después de la guerra. Fallecieron a los tres meses de nacer, así que siempre se acordaba de ellos a todas horas. Ángel se llamó así porque nació el día 2 de agosto, el día de la Reina de los Ángeles.

Mi madre no tenía leche para criarnos y tuvo que buscar una nodriza para que nos diera leche. Al mayor le dio mi tía Isabel y a mi Salvador ya no recuerdo quién. Creo que, como en mi casa había cabras, lo criaron con leche de cabra; a mí me dio María la Botona; a mi María, la María la Perjuicios; a mi Fina, mi hermana pequeña, la criaron también con leche de cabra. Luego mi madre nos decía quién era nuestra madre de leche.

Cuando tenía cinco años fue cuando empezó la guerra y vinieron los aviones dando vueltas por encima de la fábrica de la pólvora. La gente creyó que venían a bombardear y todo el pueblo salió corriendo hacia la huerta y claro, nosotros también; ya no dormimos más en el pueblo, a pesar de que no pasó nada. Sólo veníamos al pueblo para ir a la iglesia, a la escuela y con la burra a coger agua del grifo de la casa de una prima de mi abuela, con cuatro cántaros, ya que agua potable sólo había en pocas casas del pueblo; pero enseguida de vuelta a la huerta.

Como mi madre recogía a toda la familia en su casa, en el barracón, cuando llegaron los aviones, la casa se llenó de gente. Pasaron en ella unos días y luego fueron volviendo a las suyas del pueblo poco a poco.



Mi tío, hermano de mi madre, tenía dos hijas y un hijo; la mayor tenía mucha fiebre y la acostaron en el barracón. Con tanta gente se despistaron y la cría se levantó y se fue detrás, por donde pasaba una "cequeta" llena de agua. Se cayó dentro y se le bajó la fiebre. Como antes no sabían que el agua fría bajaba la fiebre, todos creían que se iba a morir de una pulmonía, pero se recuperó y todos creían que era un milagro.

De mi abuela Sebastiana me acuerdo de que vivía enfrente de la calle del Beato, en la orilla de un brazal que había junto a la carretera y de que iba corriendo detrás de mi hermano Salvador, que no sé lo que habría hecho, porque siempre estaba tramando alguna travesura.

Como decía, todos acabamos en la huerta porque mi padre trabajaba en ella, mientras nosotros cuidábamos de los animales que estaban detrás en el corral. Éramos tantos que mi padre tuvo que hacer el barracón más grande así que, el que podía más como el que podía menos, todos trabajábamos. Ayudábamos a amasar el barro; mi padre tenía un molde para fabricar "atobas", hecho por él. Cuando ya estaban secas, con ellas levantaba las paredes como si fueran ladrillos. Hizo dos habitaciones pero, como no cabía más de una cama y éramos tres niñas pequeñas, nos metieron a las tres en la misma cama, dos con la cabeza en la cabecera y la otra en medio con la cabeza hacia la parte de los pies.

La huerta, en el verano, parecía un barrio en pequeño; allí venían a veranear, bajo las higueras, Francisquicho, el Espantalluecas y su mujer, que se llamaba Joseficha, con sus dos hijos y una niña de acogida que no tenía padres porque habían muerto; también Salvoré, su mujer Micaela y sus hijos; José el Mazo, Carmen su mujer, sus cuatro hijos y una hija. Todos eran hermanos y los padres eran primos del mío; ellos tenían sus propios barracones y a los animales también los tenían debajo de las higueras.

A la escuela fui con seis años porque no nos admitían antes; entré en una que estaba encima del Ayuntamiento. Había dos aulas, una para

niños y otra para niñas. Yo era de parvulitos, así que había en la orilla de la pared un banco que tenía tres palos en medio para sentarnos, fíjate lo cómodos que estábamos. Los mayores tenían unas mesas cuadradas y sillas alrededor. En cuanto a la manera de aprender, todos leíamos en la pizarra. Mi profesora se llamaba doña Inés Pérez. En cuanto a mis compañeras, me acuerdo de algunas: Rosita, María, Cari, Isabel, Catalina, Mariana, Salud...

Me pasó una cosa en la escuela, una anécdota, pues mi maestra se puso enferma y mandaron a una suplente. La suplente nos puso a todos una muestra para que la escribiéramos; yo la hice y, cuando fui a que la corrigiera, sin más me dio un tirón de la trenza, porque entonces se llevaba trenza hasta los dieciocho años. Bueno, pues como me dio el tirón, pues yo le respondí dándole con la libreta en la cara, me fui corriendo hasta mi casa y sólo volví cuando vino la otra maestra.

Para que yo fuera a la escuela, mi madre se trajo a una sobrina que estuvo cuidando a mis hermanos pequeños, porque si no yo no podía ir a clase. Mi padre trabajaba día y noche, plantaba patatas, pepinos, tomates, cebollas, berenjenas, etc... Mi madre vendía en la plaza; entonces yo no podía ir a la escuela y, como he dicho antes, mi madre se trajo a su sobrina para que me sustituyera.

Antes de la guerra, mi padre era de la Hermandad de la Aurora y cantaba por las calles de madrugada. Cuando empezó la guerra tiraron las campanas de San Pedro. Los auroros quisieron sacar de noche la imagen de la Virgen de la Aurora para esconderla, pero alguien se enteró y les dijeron que serían fusilados si se la llevaban. Entonces hicieron un tabique para que no la vieran, pero no sirvió de nada porque la encontraron y la quemaron con el resto de imágenes de la iglesia.

Cuando terminó la guerra, los acusaron de entregar la Virgen para que la quemaran y los encerraron ocho días en la casa que hace esquina con el Jardín de los Mártires, ahora llamado de la Constitución o de las Palomas.

Les preguntaron si ellos sabían quiénes eran los culpables y ellos contestaron que sí que lo sabían, que habían sido el alcalde y el juez. Entonces a ellos los dejaron libres por decir la verdad. Se decía que la antigua imagen era de Salzillo.

Mi padre ya no volvió más a la Hermandad pero, cuando eran las fiestas, nos mandaba a nosotros a las novenas y a las procesiones y cuando volvíamos nos preguntaba si la habían arreglado bien y si estaba hermosa, aunque no era su Virgen, porque hicieron una nueva, que es la que se encuentra actualmente en San Pedro.

Bueno, y ahora os voy a hablar un poco de los juegos, aunque tampoco teníamos muchos. Jugábamos a la comba, a la gallina ciega, al escondite, etc. Como éramos tres hermanas, pues mi madre nos compraba un muñeco del Tío Hilero. Se trataba de un hombre que venía con un carretón y cambiaba trapos y alpargatas viejas por muñecas de barro, hilos, agujas, platos y más cosas. Al muñeco le hacíamos trajes; tenía veinte centímetros de alto y los brazos de dos centímetros; lo compartíamos entre todas. Pero, como no teníamos tiempo para jugar, no nos hacía falta nada más.

De mi abuela me acuerdo poco. Se llamaba María y vivía en la calle Montoya. Mi madre iba mucho a verla, porque estaba enferma. Cuando se murió, vendieron la casa y se repartieron el dinero entre los cuatro hermanos. Mi madre, con lo que le tocó del dinero, compró la tierra que llevaba arrendada y otra vez a hacer masa con barro para fabricar "atobas" para la casa nueva.

Mi padre tenía que trabajar de sol a sol y cogía otros trabajos cuando llegaba el invierno; iba a las casas a hacer matanzas y, como no tenían dinero para pagarle, le daban carne del cerdo, que él guardaba en un cajón de madera con sal; allí metía la carne y la salaba; así teníamos siempre comida.

Además, como teníamos la huerta, plantaba trigo, maíz y cebada y lo que recogía lo llevaba al molino y hacían harina; como mi padre había construido un horno, en él mi madre amasaba el pan y lo cocía.

Ahora vamos hacia atrás; empezamos la obra primero por el corral. Hizo un corral de cañas en el que metió las gallinas; después hizo la marranera. Era como una habitación y arriba tenía como un armario; en él metíamos las gallinas de noche y también los conejos. También había una habitación al lado de los cerdos, donde estaba una burra y pegada a la burra estaba nuestra habitación. Ésta tenía el techo de cañas; mi padre hacía manojos con las panochas para colgarlas y secarlas en el techo de la habitación. La puerta de separación tenía muchos agujeros y, en cuanto se hacía de noche, entraban las ratas sin ruido y enseguida se ponían a comer. Nosotros estábamos pendientes y, cuando oíamos algún sonido, nos levantábamos y tapábamos los agujeros, cogíamos las alpargatas y las matábamos. ¡Fíjate la juerga que teníamos por las noches hasta que caían todas las ratas!

Como vivíamos en la calle del Beato, mi madre siempre arreglaba al santo y le ponía flores. Tenía en la huerta un trozo para jardín y, cuando había flores, se las ponía y limpiaba el nicho del Beato. En el jardín tenía varas de San José, violetas, claveles y también azafrán para la comida.

Seguimos con la casa. En vez de unir las "atobas" con barro, ahora ya ponían cal y yeso. Entonces, cuando estábamos en el corral, nos construyó un retrete; era una caseta con unas paredes bajas para poder poner una tabla con un agujero en medio y con una tapadera para que no saliera el olor.

Teníamos, como ya he dicho antes, una burra que era la que más ayudaba: lo mismo la poníamos a labrar que a sacar agua de la noria. También íbamos con las "aguaeras" con cuatro cántaros y traíamos agua para beber y hacer la comida; también la utilizábamos para llevar la basura al bancal. Así que la burra se ganaba lo que comía.

Siguió la casa; entonces venían los sobrinos de mi padre; ellos, albañiles de profesión, también ayudaban. Se levantaron tres habitaciones y la cocina. La cocina estaba en bajo; había un salón grande en el que hacíamos la vida en invierno. Allí mi madre ponía un cubo con agua cerca de la lum-

bre y, cuando se calentaba, nos iba metiendo de uno en uno y, enseguida, a la cama. Entonces ella se ponía a lavar la ropa, la secaba alrededor de la lumbre y, al otro día, todos limpios.

Me acuerdo de una vez que fuimos a los baños de Mula en el carro. Llevábamos una silla para cada uno, leña, bolsas con ropa, las sartenes y los platos. Recuerdo que iba María Antonia, María la Cartagenera, María Silla, Carmen, mi padre y mi primo José y en el lote me metieron a mí. Yo, como era una cría, puse una manta en el suelo y la Cartagenera me estuvo paseando y, como no protestaba, se reía con muchas ganas. Al terminar, cuando lo recogimos todo y lo pusimos en el carro, la mula nos vio a todos subidos y no quiso andar. Entonces José, que llevaba la bicicleta, se fue a Alcantarilla a por la otra mula y nosotros echamos a andar. El animal también andaba pero, en cuanto nos subíamos, ya no daba un paso. Cuando llegamos al cementerio, apareció José con la otra mula, la puso delante, todos nos subimos al carro y, por fin, llegamos al final del viaje. A pesar de la pasada de andar que nos pegamos, nos lo pasamos bien.

Mi madre tenía tres hermanos, Benito, Josefa y Pepe. Se llamaba María Antonia Pastora y tenía dos nombres: María por su abuela y Pastora porque nació en Nochebuena, a las 12 de la noche. Padecía de una piedra en la vesícula, según decía el médico, porque le daban unos cólicos de miedo. A veces teníamos que salir corriendo en busca del doctor, a las dos o a las tres de la mañana. Al final, éste nos enseñó a ponerle todas las inyecciones nosotros mismos.

En el invierno teníamos higos secos porque, durante la cosecha, mi padre hacía zarzos con cañas y allí los poníamos a secar; cuando estaban secos, hacíamos pan de higo y arropé.

Para la comunión, primero nos preparaban en la doctrina, a la que íbamos dos veces a la semana, pero además mi madre, por la noche, en la cocina nos enseñaba a rezar. Ella hacía de padre y de madre, porque mi

padre siempre estaba trabajando; si no le hacíamos caso a ella, agarraba la alpargata y en un minuto nos ponía en el sitio.

Llegaron las comuniones; mi hermano mayor comulgó antes de la guerra con un traje azul. Luego el traje también lo utilizó Salvador. Poco después me tocaba a mí. Bueno, yo no tuve traje de comunión; mi madre me compró una tela azul de paño y me hizo un traje para Navidad y, como la guerra estaba recién terminada, cuando llegó el día de la Ascensión, me lo puso para comulgar. ¡Fíjate lo calentita que iba! Mi vecina me regaló un velo negro que parecía una red de pescar. Cuando salimos de la iglesia, nos llevaron a la casa del cura, nos dieron una mona y una onza de chocolate y ahí se terminó la fiesta. Dijeron que todos los niños éramos iguales pero luego, a las que llevaban traje blanco las pusieron a un lado y a los demás en otro, a pesar de que los trajes de ellas no eran suyos, sino que se los habían dejado. Mi hermana María sí tuvo traje blanco y, al año siguiente, mi otra hermana hizo la comunión con el mismo vestido.

Cuando tenía doce años, mis primas me llevaron a la conserva y fui a la fábrica de Jesús Caride. A la siguiente semana cobré nueve duros y mi madre compró con ellos una pila de lavar. Luego me fui a la casa de la prima de mi madre a coser. Ella era modista; estuve poco tiempo aprendiendo y, después, mi madre me mandó al sastre. Así que ya no fui más a la escuela porque tenía que ir mi hermano; de esta forma pasábamos los días. Llevábamos a mi madre a la plaza con todo lo que tenía que vender, dejábamos a los animales preparados de comida, yo me iba a coser y mi padre a la huerta.

No podíamos ir a ninguna fiesta porque éstas eran de noche y nosotros estábamos en la huerta. A lo único que podíamos ir era a misas o a procesiones por la mañana. El invierno lo pasábamos en la cocina. Yo leía alguna novela que un tío mío nos dejaba. Me acuerdo de una, se llamaba Gorriones sin nido. Una leía y los demás escuchaban. Lo pasábamos bien.

Mi primera foto me la hice a los 18 años; se la regalé a un chico porque su madre y la mía querían que saliéramos juntos, pero nosotros no estábamos por la labor. Él venía a verme porque su madre lo mandaba y yo, cuando lo veía se me iba la alegría, pues no podía soportarlo. Me dio una foto suya y de su familia. Vivía en el cuartel de la Guardia Civil que estaba en la calle Eras, porque su padre era guardia. Al final le mandé una carta con todas sus fotos, él hizo lo mismo y ahí terminó todo.

Al que luego fue mi marido lo conocía desde niña. Éramos casi familia pero un día, cuando iba por la calle Mayor, compró caramelos, se acercó hacia mí y, a partir de entonces, venía a buscarme siempre. Mi madre no estaba muy de acuerdo porque decía que iba a tener que estar toda la vida de enfermera, ya que el muchacho tenía úlcera de estómago. Y así fue. Antonio le dijo a mi padre que le diera un trozo de tierra para construir una casa para nosotros y mi padre nos lo dio. Como Antonio era albañil, empezó a construir una habitación con ayuda de algunos amigos.

Nos casamos el día 28 de Junio de 1956, a las nueve de la mañana, porque por la tarde no se hacían misas. Así empezamos el camino juntos. Él trabajaba de albañil, hizo las chimeneas de muchas fábricas de conserva y después de cobrador de autobuses; yo me traía pantalones y chalecos del sastre para coser y así ayudaba. Entre los dos salíamos adelante.

Compramos una máquina de coser y cada uno a lo suyo, como las hormigas. A los dos meses me quedé embarazada. Entonces no hacía otra cosa nada más que vomitar. A los cinco meses me hicieron el primer análisis y tenía azúcar; por ese motivo estuvieron poniéndome insulina dos veces al día y un régimen severo. El crío nació para tirarlo, así que no podía venirme del médico. Con Antonio, el médico no sabía qué hacer: le daba la baja y al tiempo se recuperaba; luego le daba el alta y a los pocos días se volvía a poner malo. Y así todo el tiempo.

Luego otra vez a empezar, con otro embarazo y de nuevo a vomitar. Esta vez me hicieron el análisis al principio y dio que no tenía nada; de

todas formas me mandó unas inyecciones que me dolían a rabiar; pero ya vomitaba menos. El bebé nació a los catorce meses de Antonio. Fue el segundo y se llamó Paco porque tenía que llamarse como los abuelos y, si no, menudo lío: se enfadaban de por vida.

Cuando Paco tenía seis meses, operaron del estómago a mi marido y entonces me trajeron al crío para que le diera leche estando toda la mañana en la puerta del quirófano. Así que le di "veneno". Ya no quiso más pecho y, más aún, "antes se moría que engancharse". Le dio diarrea y no sabía cómo cortarla. Le daba harina de algarrobas; la papilla le sirvió de poco, pues se la hacía con agua. Luego empezaron con la garganta, los acostaba por la noche en la cuna y por la mañana tenían 39 ó 40 de fiebre; luego se ponían bien y otra vez les volvía a dar. Cuando Paco tenía dos años, tuvieron que operar a mi marido de apendicitis; lo operaron de urgencia pero salió bien.

Mi hermano Salvador se llevó a la novia. Como antiguamente eso estaba mal visto, se la llevó a vivir con nosotros a la huerta para casarse y, claro, él estaba sin trabajo y eran otras bocas para comer. Fue un golpe para mi madre, porque al poco tiempo la chica se quedó embarazada. Mi padre tenía preparada una escopeta, por si él decía que no se quería casar, pegarle un tiro.

Mi madre se fue encontrando cada vez peor y la tuvimos que ingresar en el Hospital General porque se puso amarilla. Entonces la tuvieron allí unos quince días, hasta que hicieron todas las pruebas. Nos dijeron que no había nada que hacer. Ella nos pidió que no nos la lleváramos a la huerta. Entonces mi marido le dijo: Usted se viene a nuestra casa. La acomodé en mi cama y allí estuvo hasta que le llegó la muerte el día 1 de enero de 1961. Tenía sesenta y cinco años. Se llamaba María Antonia Pastora, pero todos la conocían como la Pastora.

A los cinco años de Paco, otro nuevo embarazo. El bebé nació el 28 de mayo de 1963. Le pusimos María de los Ángeles, por la abuela. A ésta le

salió un bulto extraño y tuvimos que llevarla a Guadalajara para que se lo quitaran. Mis dos hijos comulgaron juntos con unos trajes que les compré; fue el día de San Antonio. Al final, como no conseguía que se pusieran bien de la garganta, el médico decidió quitarles las anginas, con lo que se pusieron mejor. Luego también hubo que quitarle las anginas a mi hija. A mí también me tuvieron que operar de la vesícula y la hermana de mi marido se vino a mi casa con sus dos hijas para ayudarme. Yo también le ayudaba a ella porque su marido estaba en Alemania.

A los cinco años, otro embarazo y a vomitar de nuevo. Pero entonces pasó el tiempo, llegó el parto y me nació un hijo en buen estado. Fue el 14 de septiembre de 1968. Le puse Ángel Fulgencio, por los dos hijos que se le murieron a mi madre. Cuando tenía quince meses nos cambiamos de casa, la otra la vendimos y nos vinimos al Camino de la Piedra.

Allí me traían gallinas recién nacidas y a los quince días se las llevaban. Yo las cuidaba en una habitación con una estufa. También tenía marranos para engorde y una cerda para criar. Así estuve criando a todos mis hijos y cuidando de mi marido, al que le dijeron que tenía colon irritable y por eso le daban cólicos. Le dieron el retiro por enfermedad.

A mi segundo hijo, Paco, lo mandamos a estudiar a Valencia, pero le encontraron desviación de columna y nos lo volvieron a mandar. Él sacaba los cursos limpios, ya que yo lo mandaba a clases particulares y su padre, los domingos, lo llevaba con su hermano a la playa en un Renault 4L que compró de segunda mano.

Antonio fue a Sanje e hizo Contabilidad. Empezó a trabajar pero, como no tenía Bachiller, por las noches se lo iba sacando. Paco hizo el Bachiller y, como su padre era jubilado y además sacaba buenas notas, le concedieron una beca; se fue a Cartagena a estudiar y se sacó el título de Ingeniero Industrial. Ángeles obtuvo el título de Auxiliar de Enfermería y Ángel el de Administración.

Así cada uno siguió con su vida. Mientras tanto, mi marido y yo seguimos viviendo en el mismo lugar. Él estaba siempre trabajando en la huerta hasta que le hicieron una radiografía y le encontraron una mancha de cáncer en el pulmón derecho. El médico le dijo que dejara de fumar, aunque ya poco se podía hacer, ya que el mal estaba muy avanzado. Así pasó tres años poniéndose cada vez peor, hasta que terminó en la cama sin poder moverse, con el oxígeno puesto; un día entró en coma y ya no se pudo hacer nada; a la noche siguiente murió. Ocurrió el 21 de marzo del 2004. Ahora dedico mi vida entera a mis nietos, a pasar el máximo tiempo posible con ellos y a disfrutar.

Ésta es mi historia; es muy triste, pero me alegro de que haya sido ésta y no otra, por haber tenido a esta familia como mi familia... ■

Un mundo lejos de casa

Inmaculada Pérez Hernández

4º ESO



Inmaculada Pérez Hernández | 4º de ESO

Un mundo lejos de casa

El día en que decidí que ir a trabajar a Holanda sería lo mejor para mi familia, ni por asomo pensaba que aquel viaje llegaría a ser algo inolvidable, tanto en lo bueno como en lo malo.

Salimos de Murcia y, en el tren, llegamos a Holanda. En la estación había cientos de hombres, con sus respectivos contratos de trabajo, que venían de todas partes de España, esperando conseguir algo mejor para los suyos. Era una mañana de invierno. Hacía frío. Yo iba metido en mi viejo abrigo gris, sin rumbo, aburrido y cansado por el viaje. Rondamos, otros y yo, algunas horas por allí, hasta que encontramos un hotel. Aquel sitio no tenía nada que ver con el cálido ambiente español y su aroma a azahar. Aquellas calles eran frías, grises y solitarias.

Cuando empezamos a trabajar, el único pensamiento que me mantenía allí era que, gracias a mi trabajo, mis hijos podrían comer y vivir. Estaba trabajando en un taller de madera, fabricando vigas para sostener las galerías de la mina de carbón que teníamos bajo nuestros pies.

1. El hombre de la cueva

Un día, trabajando en el taller, llegó un hombre con una larga barba gris, de aspecto anciano y que, casualmente, era español. Decía llamarse Santiago. Era de Guadalajara y en España trabajaba en los campos de cultivo. El destino lo había obligado, por unas razones o por otras que nunca nos

contó, a emigrar a Holanda, al igual que nosotros, buscando trabajo. El jefe de taller, un hombre rubio de unos 40 años, estropeado por el duro trabajo que toda su vida había dedicado a la mina, que a la vez era una persona corpulenta, fuerte y con músculos de acero, pero de carácter simpático y agradable, no dudó en darle trabajo junto a mí en el taller.

Días enteros nos pasábamos allí trabajando juntos. Él cada vez conocía más detalles de mi vida, pero yo, por el contrario, lo único que sabía de él era que se llamaba Santiago y que vivía en Guadalajara. Como por la noche dormíamos en un hotel, mi equipaje y parte del dinero se quedaban allí. Santiago no se hospedaba en el mismo sitio que yo. Un buen día, Santiago dijo que tenía que ausentarse un par de horas del trabajo. Yo, aprovechando



la hora del almuerzo, lo seguí, y cuál fue mi sorpresa cuando lo vi adentrarse en un oscuro callejón sin salida, en el que al final había un pequeño agujero, lo suficientemente grande como para pasar; en la lejanía, se veía una montaña con una pequeña caverna, en la que él habitaba junto con su familia. Me acerqué, y al entrar, la cara que pusieron todos al verme fue de sorpresa, ya que nadie esperaba visitas. Pero aún más sorprendido quedé yo cuando encontré a una niña que rondaba los ocho años, tumbada sobre un montón de trapos, pálida, enferma, a punto de morir; nadie sabía qué le pasaba a esa chiquilla cuyo corazón, en un último suspiro, se paró.

Ahora entiendo por qué no me contaba nada sobre su vida. Más tarde me confesó que estaba avergonzado de no poder ofrecer a su familia algo mejor.

2. El San Pancracio de chocolate

Una de las veces que vine a España a ver a mi familia, por el camino compré un San Pancracio de chocolate para mis hijos. Cuando llegué a casa mi mujer, Ángeles, lo encontró tan bonito que quiso guardarlo en la despensa como recuerdo. Con el transcurrir del tiempo llegó el verano y, cuando fueron mis hijos a comer el San Pancracio de chocolate, cuál fue su sorpresa al ver que se les habían adelantado las hormigas.

3. De vuelta a casa

Tras cuatro años de duro trabajo en la mina de carbón, una mañana de primavera cogí el tren desde la estación de Holanda donde, de nuevo, varios centenares de hombres, al igual que yo, esperaban el tren de vuelta a casa. En aquellos momentos sólo pensaba en cómo estarían mis hijos después de haberles visto solamente dos veces al año durante cuatro años. Muchas preguntas rondaban entonces por mi cabeza: ¿Cómo estará mi mujer? ¿Y mis hijos? ¿Habrà cambiado mucho el pueblo? ¿Seguirán los niños bañándose en

el río?... Tras largas horas de viaje el tren, en su recorrido por Murcia, fue dejando a cada trabajador en sus respectivas poblaciones y a mí, como vivía en Javalí Nuevo, me dejó en la estación más cercana, que era la de Alcantarilla.

Andando por el Camino de los Arcos y ansioso por verlos a todos, pensaba en qué sería de mi vida de ahí en adelante. Había pensado en trabajar como agricultor en la huerta, o tal vez el hermano de mi mujer, que trabajaba junto a "la fileta" me ayudaría a encontrar algo. Pero lo principal ahora era ver a mi familia.

4. Cuando no todo va bien

Al volver de Holanda creía que todo iba a ser más fácil, pero las cosas seguían como antes de emigrar. No había trabajo en el pueblo y, si no se trabajaba, no se comía. Mi hermano Antonio trabajaba en la RENFE de Alcantarilla, junto con él José *del Libretes* y más hombres del pueblo, pero yo prefería trabajar en la huerta, así que, como las cosas no iban todo lo bien que yo esperaba, me enteré de que en Corvera había un hombre, dueño de una hacienda, que buscaba trabajadores, y nada más saberlo, me puse en marcha. Cuando nos fuimos, el mayor de mis hijos –que tiempo después murió en un accidente de moto– tenía 18 años.

Cuando llegamos a la hacienda, allí estaba el dueño esperándonos; nos enseñó la casa donde viviríamos los próximos cinco años. Aquellos años fueron de los más felices de mi vida. Allí conocimos a mucha gente, gente buena que nos echó una mano en todo momento y que, a pesar de los años, siempre estuvo ahí para ayudar. Recuerdo que en la finca teníamos un caquintero. Sus frutos se comen muy maduros o, de lo contrario, la boca queda áspera. Pues algunos de los trabajadores, que no conocían ese tipo de árbol, se comieron los frutos sin madurar y mis hijos, que estaban allí mirando, comenzaron a reír de tal manera que, cuando podían parar y ver las caras que ponían los trabajadores, comenzaban a reírse de nuevo.

5. El hombre devorado por los lobos

Son casi infinitos mis recuerdos sobre aquellos años que estuve en Corvera, pero no todos son todo lo buenos que a mí me gustaría. En una ocasión, llegaron unos cuantos hombres del pueblo pidiendo ayuda, debido a que la noche anterior alguien había desaparecido en la montaña. Tras largas horas de búsqueda, y después de dividirnos en grupos para hacer más eficaz nuestro trabajo, encontramos restos humanos con signos de haber sido devorados por una manada de lobos. Aquel hombre era una de aquellas personas con las que daba gusto tener una conversación civilizada y ser su amigo.

6. Una dulce despedida

Mis días en Corvera como trabajador del campo se acababan. Por una parte tenía ganas de volver, porque añoraba el ambiente de Javalí Nuevo, ese pueblo tan pequeño que tanto me había dado: una familia, unos amigos y el placer de vivir en él y de sentirme bien; pero por otra, ahora que me iba de Corvera, sentía que dejaba atrás un importante periodo de mi vida, en el que había conocido a buena gente y que me acompañaría en el lecho de muerte. Pero la realidad se imponía y, tras una cálida despedida, regresábamos a Javalí Nuevo...

7. Una vida tranquila

Cuando nos vinimos de Corvera, empecé a trabajar como agricultor asalariado en la huerta, de sol a sol, porque eso era lo único que había. Vi casarse a tres hijos y a una hija, e incluso enterré a uno cuando aún era joven. Ahora estoy aquí, sentado en mi mecedora, frente a una televisión que tengo en mi cocina, esperando a que la vejez me depare una vida tranquila hasta el fin de mis días... ■

Cara y alma resplandecientes: la abuelita Antonia

Francisco J. Martínez Navarro

4º ESO



Francisco J. Martínez Navarro | 4º de ESO

Cara y alma resplandecientes: la abuelita Antonia

1. La infancia (1925-1940)

Una florida mañana de mayo, concretamente el día 13 de 1925, nació Antonia en una enorme casa del Puerto de Mazarrón, con unas vistas traseras al Mar Mediterráneo desde arriba y a la derecha unos jardines llamados El Huerto, con unos pinos altísimos, algunos de ellos centenarios.

Antonia era un bebé muy muy chiquitito, tanto que, al envolverla en los pañales, su madre se quedó con la ropa y ella se resbaló desnudita y cayó al suelo; siempre ha tenido mucha suerte y afortunadamente no le pasó nada

En otra ocasión, con sólo 2 años, siempre se sentaba junto a su madre mientras ella le daba el pecho a su hermano. Un día su madre salió un momento al patio y unos niños que jugaban en la calle lanzaron una piedra que rompió el cristal y rebotó en la cuna, justo en el lugar en el que la niña solía estar sentada junto a su hermano.

Creció entre sueños y juegos, reales e inventados. Pronto cogió un lustre considerable y nunca más estuvo delgada. Le encantaba la leche espumosa y blanca de cabra recién ordeñada. A su madre le preguntaban qué le daba de comer a su hija para que fuese tan guapa, hermosa y esclarecida. No parecía familia de sus hermanos, que eran delgadísimos.

La escuela le interesaba mucho y aprovechaba cada minuto; aun así no podía asistir todos los días, ya que su madre le ponía otras tareas en casa.

Desde muy pequeña sabía lo que quería. Se interesó por la vida y milagros del Señor y se apuntó por su cuenta a clases de Catequesis para prepararse a hacer la comunión. El día de ésta no fue muy afortunado, ya que el grupo de niños con los que había comulgado fueron juntos a saludar por las casas del pueblo más próximas a su casa y la gente, al verlos tan alegres e ilusionados, les daba dulces y monedas de los que se apropió la más espabilada y de corazón menos tocado por el Señor, al que acababan de recibir, dejando a Antonia y a los demás niños y niñas sin dulces y sin monedas. Para colmo, al llegar a su casa, su madre la regañó por haber ido a casa de desconocidos.



Recibió una educación muy severa por parte de su madre, mujer dura, fría, distante y excesivamente rigurosa para con sus hijos. En cambio, su padre era la misma dulzura, el aplomo y la tolerancia.

Después de terminar la guerra, recibió clases de corte y confección. Las aprovechó bastante bien, ya que confeccionaba la ropa de sus hermanos y la suya propia con mucho cuidado y primor. También comenzó a elaborar su ajuar, pues desde muy joven había iniciado un noviazgo que duraría seis años.

2. Su vida con Juan (1940-1959)

El 29 de diciembre de 1940 se celebraba en la plaza de la iglesia del Puerto de Mazarrón, tras haberse celebrado el día 28 en Los Lorentes, la festividad de los Inocentes, con los Rebuzzos, fiesta popular que consistía en despeinar, poner herraduras y hacer rebuznar a los jóvenes que rondaban a las chicas. Si intentaban zafarse de tales bromas debían pagar al "burro", que era un señor adornado con un montón de cintas de colores alrededor de un sombrero. Antonia estaba sentada en primera fila cuando "el burro" se dirigió a la parte posterior de su sitio, pretendiendo despeinar a un muchacho. Antonia se dio la vuelta y se encontró con unos ojos verdes maravillosos que la cautivaron al instante. Era Juan quien, dirigiéndose a ella, le dijo: ya le he dado bastante.

Esa tarde fueron, Antonia con su madre y Juan con sus amigos, a los adagios. Aprovechando la ocasión, el chico estuvo hablando con ella toda la noche. Al día siguiente, aunque Antonia no lo vio, Juan estuvo rondando la puerta de su casa, ya que una vecina llamada María la Mediamoja le dijo al oscurecer: ¿A quién rondaría un chico con un traje oscuro y unos guantes negros que ha estado calle arriba calle abajo toda la tarde? Pronto lo supo ya que, desde entonces, Antonia recibió todos los días una carta de su amado Juan, mandándole incluso un sello dentro para que le contestase.

La muchacha empezó a ver la vida color de rosa y vivía con impaciencia cada vez que llegaba el fin de semana y venía Juan de estudiar, primero el Bachiller Superior y después la carrera de piloto de aviación.

Vivió un amor con un hombre que la respetaba, la hacía reír, la enseñaba y corregía en sus cartas, con lo que mejoró notablemente su ortografía. Sólo sufrió un tormento el 9 de Febrero de 1944, cuando Juan sufrió un accidente de aviación: el avión se destrozó totalmente pero él, aunque muy accidentado y con varias fracturas, sobrevivió. El susto que llevó Antonia cuando Francisco, el hermano de Juan tres años mayor que él, le dio la noticia de este accidente, le hizo perder el apetito y su sistema nervioso se resintió, llegando a estar muy enferma. Cuando lo visitaba en el hospital, él no dejaba de hacer bromas para hacerla reír y restar gravedad a la situación. En una de las visitas, Juan le dijo a su madre, la señora Catalina: Madre, cómprele unos zapatos a Antonia, que yo quiero regalárselos. Antonia los estrenó pronto con unas medias de seda que le había dado su tía María de Valencia, hermana de su madre. Era tan grande su amor que, después de tres meses de hospital, una Semana Santa en que Antonia se había trasladado a casa de su tía para estar cerca de su novio, éste fue a verla andando con la escayola, por lo que ésta se partió.

Cuando llevaban ya seis años de noviazgo, Juan habló con su suegro, el señor Paco, y le pidió permiso para casarse con su hija. Antonia, pegando la oreja a la puerta, apenas oía nada, pero sí entendió: Muchacho, y tú, ¿con qué cuentas para sostener una familia?, a lo que Juan respondió, poniendo un gran énfasis en sus palabras: Con un sueldo fijo y mucho amor.

Le hicieron el traje de novia en Mazarrón, blanco, largo, rizado, con el cuello en forma de V, rematado por una gola de gasa; Antonia estaba tan delgada que parecía una comulgante.

El día de la "toma de dichos" iba con su pelo rubio recién lavado, con unas ondas y un brillo increíbles. En cambio, el día de la boda vino una chica

entre las invitadas, se presentó voluntaria para peinar a la novia y no la dejó muy favorecida. Hizo un día soleado para ser finales de octubre –el 23– y, cuando iba a entrar a la iglesia, empezó a levantarse un aire que hacía que el velo se moviera.

El tapacubos del coche de novios salió disparado en la carretera de San Javier. No tuvieron viaje de novios; sólo partieron en un taxi hacia San Javier, donde Juan había preparado la casa y Carmelina, una señora del lugar, había hecho la cama, dejando encendidas las lamparillas. Allí estaba el cofre lleno con el ajuar de Antonia, porque Juan lo había traído con anterioridad.

En San Javier vivió mi abuela los mejores años de su vida. A los trece meses de haberse casado tuvo su primer hijo, su Pepe, un primor de niño rubio, blanco y precioso.

Antonia vivía para su marido y su hijo. El sueldo era pequeño, pero ella se amoldaba y, con la cartilla de racionamiento y lo poco que compraban, eran muy felices. Se desplazaban en moto, los tres juntos, e iban a Cartagena muy a menudo en el autobús de la Ciudad del Aire. También frecuentaban, en vacaciones y cuando las ocupaciones de Juan lo permitían, a los padres de Antonia y a la madre de Juan. A esta última le llevaban suministros y ella los incorporaba a su negocio, que era la Venta Navarro.

Antonia vivía con intensidad cada momento. Cuando matricularon a su hijo en las monjas de San Javier, se angustiaba ante la severidad de éstas. Un día la hermana superiora, indiferente a las súplicas de que permitiese al niño que no buscara más una goma perdida, ya que el chico se quería ir con su madre y ella se lo quería llevar, dijo a la profesora en un tono altanero y bastante serio: Deje al niño, hermana, ¿no ve que la madre es más niña que el niño? La mujer era contraria a cualquier riña o sombra de maltrato y sólo quería darle amor a su hijo, sin ninguna severidad.

Su Pepe hizo la comunión y, como estaba previsto, ella se quedó embarazada de nuevo. Un 9 de febrero, pasados ya varios años desde el accidente de aviación de Juan, esta vez hubo una gran noticia: nació una hija, tal y como el padre quería, morena, al menos de pelo, pero de piel muy clara. La llamaron María Ángeles; eligieron el nombre después de haber escuchado los cohetes el pasado 2 de agosto, en la fiesta de Los Alcázares. A los siete meses destinaron a Juan a Alcantarilla. Antonia se dejó parte de su corazón en San Javier, en donde había vivido en dos casas distintas, hecho grandes amigas y pasado ratos inolvidables, como cuando se juntaban a preparar obras de teatro organizadas por el director de correos, que contaba con actores noveles, mezclando la cultura y la diversión sólo por el gusto de difundirlas y sólo por amor al teatro.

Cuando el coche que les traía enfiló la calle Montoya, una calle empinada, a Antonia le invadía una zozobra interior que no se atrevía a explicar. Se instalaron primero en una casa y, a los pocos meses, en el número 6: ésta fue la definitiva durante algunos años. Era una casa preciosa, con azulejos de estilo andaluz en tonos negros en la entrada, rematada por un arco y dos columnas; en ella colocaron unos sillones de mimbre muy señoriales y dos maceteros altos negros. En el salón, lo más notable era el techo rematado con una especie de escayola rodeando el lugar idóneo para la gran lámpara de cristal que colgaba elegante; al lado derecho se dejaba caer una majestuosa escalera de mármol blanco que potenciaba las dimensiones de la casa. La cocina era lo suficientemente amplia como para poder comer en ella, pero sólo lo hacían en el desayuno. El patio era alargado, con una pila al fondo y un cuarto de aseo. En la entrada había una sala con un gran ventanal de forja verde que daba a la calle. En la parte superior de la vivienda tenían dos habitaciones, una la de matrimonio con dos balcones a la calle y la del chico, con una ventana que daba al patio. Junto a las habitaciones había un cuarto de baño, blanco y con detalles de escayola muy originales en el techo. Y una enorme terraza con una balaustrada preciosa.

Los vecinos eran gente muy buena y enseguida lo pudo comprobar toda la familia. María, Vicente y sus hijas Pacita, Aurorín y su hijo Paco, tenían un abuelo que había luchado en la Guerra de Cuba y aún contaba las penalidades que había tenido que pasar allí, hasta llegar a tener que beber su propio orín. También estaban Pepita Clares y su padre, el señor Clares, que tocaban el piano; su marido Amaro Torres, que tenía una bodega de los vinos Torres, procedente de Villarrobledo y el hijo de ambos, Benito, que se hizo muy amigo de Pepe. También estaban Lola, Sebastián, Loli y Miki, a los que les encantaban los animales y tenían un gallo al que llamaban Nene y una gallina a la que llamaban Mi miga. O la señora Caridad, el señor Luis, Paca, Pepe el Guirao, Carmen del Boquerón y su marido, Pacuchi, sus hermanas, sus padres y la hija de la peluquería de Venancio. Además, la familia de Quinita y Lita, Josefa y el señor Justo. Y, el principio de la calle, era característica la farmacia de la escalera que, aunque reformada y con otros dueños, aún persiste en el mismo lugar.

La vida en Alcantarilla transcurría normalmente; el hijo empezó a ir al instituto a Murcia y los fines de semana iba al Cine Mercantil. Muchas tardes, toda la familia se acercaba a la Base a ver volar al padre, a montar en bici el chico, a corretear la niña y, en general, a disfrutar de aquel enorme espacio. Cuando estaba embarazada de su hija compraron un terreno de 2.500 m² en El Alamillo, frente a la venta de la madre de Juan. Allí se empezaron a construir una casa y Juan se propuso invertir en un negocio, instalando una cerámica para cocer ladrillos y tejas. Esta empresa, al no poder ser vigilada de cerca por Juan ni por Antonia, ya que ellos estaban en Alcantarilla y se acercaban sólo cada dos o tres días, les trajo problemas y tuvieron que cerrarla. Cuando estaban decididos a terminar la casa y ya habían ahorrado lo suficiente para pasar un verano desahogados y felices los cuatro, el marido sufrió otro accidente de avión, esta vez mortal, el 7 de junio de 1959 y Antonia se quedó con sus dos hijos, Pepe de once años y M^a Ángeles de cuatro, pero muy sola.

3. La vida sin él (1959–2008)

Se quedó sola, sin su amor, sin su amigo, sin su apoyo, sin nada y no tenía ganas de vivir, pero tenía dos hijos. Para colmo de males, el sueldo se retrasó durante año y medio y Antonia tuvo que recurrir a los ahorros para terminar la casa y poder sobrevivir. Fueron años sin ilusión y la fuerza sólo la encontraba en el Señor que, pese a todo, no le falló. Cuando la paga no venía y no podía más, miraba un cuadro con una imagen que tenía del Corazón de Jesús y pedía un consuelo que al final vino. Con el sueldo del marido llegó, al menos, la estabilidad económica; lo echaba de menos a cada paso que daba y le preocupaba sobremanera una cosa: ver a sus hijos bien situados.

Con sólo 16 años, su hijo terminó una "mili" que a ella casi le cuesta la vida, por las noches en vela a causa de las guardias de su hijo tan pequeño; era todo muy difícil, no tenía fuerzas pero, cuando a su hijo le dieron una ropa muy usada, sucia y en mal estado, fue a ver al responsable del reparto de la ropa y le dijo: Si fuera tu hijo, seguro que hubieras tenido un poco más de cuidado. Le cambiaron la ropa por una en condiciones pero, en lo demás, no podía hacer nada más que rezar. No obstante, luchó porque sus hijos estudiaran y no les dejó trabajar ni siquiera en verano, sólo estudiar y sacar una carrera. Ésta era su máxima aspiración y lo consiguió: su hijo Pepe hizo Magisterio y Filosofía y Letras; en la actualidad es Director de un instituto. Su hija Ángeles hizo tres especialidades de Magisterio, Filosofía y Letras y Ciencias de la Educación, sección Psicología. También hizo el Doctorado y, en la actualidad, ejerce como profesora.

Antonia estuvo sumida en una depresión muy grande; antes se decía simplemente que estaba mala de los nervios. Ella seguía haciendo perfectamente todas las cosas de la casa, sus labores y primores de ganchillo, pero durante 20 años no pudo salir a la calle porque le daba terror. Todo eso lo fue superando poco a poco, a medida que sus hijos crecían. Y lo superó to-

talmente cuando sus hijos sacaron las oposiciones, los dos en el mismo año, el mayor de Agregaduría de Geografía e Historia y la menor como profesora de matemáticas, con 23 años. ¡Ya pueden sobrevivir solos! –se dijo.

En esos veinte años se dedicó en cuerpo y alma a sus hijos, a encauzarlos y a que no se desanimaran en los estudios. Los guió muy bien, haciendo de ellos un hombre y una mujer de bien, comprometidos con el trabajo, la verdad, la responsabilidad y el amor. Su hijo se casó muy joven con una buena chica de Alcantarilla llamada Mari, hija de un médico que era muy buena persona y que conocía a la familia desde que llegó. Le dieron dos nietos cuando Antonia aún era muy joven –tenía sólo 45 años–, una niña rubia muy parecida a su Pepe, llamada también M^a Ángeles y un niño llamado Juan, precioso desde que nació, muy vivo y alegre; desde pequeños se notaba lo listos que eran.

Los nietos por parte de Ángeles tardaron más en llegar ya que la hija, además de ser bastante menor que su hermano, no se casó tan joven como éste. Lo hizo con un buen chico de Archena, con características muy parecidas a su padre, llamado Francisco José. Tuvieron dos hijos, Francisco Juan y José Daniel, buenos y nobles; el primero de pelo castaño claro y piel muy clara y el otro moreno, ambos con unas pestañas larguísimas. Como su hija trabajaba de profesora, Antonia los cuidaba mientras eran unos bebés, los disfrutó y los crió como a sus propios hijos; ellos la adoran.

Su vida actual transcurre en su pequeño apartamento, encima del Estanco de Rafael, entre sus flores, su ganchillo y sus recuerdos. Revisa sus fotos, lee la Biblia y se dedica a cosas del Señor y de la Iglesia. A sus 83 años, su aspecto es muy agradable; su cara y su sonrisa están siempre resplandecientes; no cuenta penas; cuando éstas aparecen canta, hace palmas, se pinta los labios y se cambia de pendientes. Estos trucos los ha aprendido de su hija que, ante las dificultades, siempre se dice: Ángeles, mira hacia adelante, píntate los labios, ponte unos aros muy grandes y sonríe a la vida.

En su corazón siempre está él, su amor, siempre tiene flores frescas ante su foto, y siempre tiene un recuerdo para él, esté donde esté.

4. Epílogo: Cosas del alma

La casa de la playa, aunque no la disfrutó con Juan, la habitó durante muchos años con el cariño con el que la había fraguado, junto con él. Tenía unas vistas maravillosas a la Playa Negra, un camino rodeado de álamos, palmeras, con unas lagunas llenas de nenúfares y rodeadas de margaritas, amapolas y lilas. Por la mañana se oía a mar, a romero y a hinojo. Hace ya cuatro años que la derribaron para hacer una urbanización de alto nivel pero Antonia aún sueña que está en la casa, con su Pepe, sus nietos o sus queridísimos cuñados, Diego y María, que eran como hermanos para ella y sus hijos. A veces sus recuerdos la alegran, como cuando hacían tertulia sus cuñados, ella y su hija, y contaban anécdotas del pasado. Por ejemplo cuando Fernando, hijo de la prima Emilia, quería ser torero y a Diego no se le ocurrió otra cosa que disfrazar a su hijo Pepe de toro, con "perfollas" de las panchas y unos cuernos muy elaborados. Al ver al supuesto animal, Fernando salió corriendo y dijo: ¡Yo no toreo eso! ¡No, no es un toro, eso es una "fiela"!

¡Qué momentos tan inolvidables! Las plantas de María y la vista preciosa desde el porche de su casa, muy cercana a la de Antonia en El Alamillo. Se pasaban las horas viendo corretear a los niños bajo las palmeras, ante un fondo de mar azul; la casa "colorá", a la derecha, parecía que nadaba en el mojón de la Playa Negra.

¡Habían puesto tantas ilusiones al planear su casa, con detalles inigualables...! Las esquinas interiores eran redondeadas, obra de la mano de Pepe de los Llanos, maestro albañil de la zona. Las estanterías de la despensa, con

sus cajones para los alimentos, totalmente alicatados y rematados de aluminio, todo realizado totalmente por Juan. El sabor de los pimientos fritos con huevos que, unidos al olor de campo y mar, sabían exquisitos junto al hogar de la cocina, que tenía unos azulejos blancos preciosos con una mesa de piedra roja muy original.

Recordaba las primeras palabras de su hijo Pepe y su carita sonrosada, poniendo un dedito sobre sus labios y emitiendo un sonido de silencio –¡ssshhhhh! ¡Qué risas y gracias hacía delante de sus tíos y de su abuela!

Cada alhaja, cada botón o cada detalle que le traía su marido era un mundo para ella. Era su corazón, su amor, su vida ■

Historia de mi abuela

Francisco J. Camps Cabellos de Oropesa

4º ESO



Francisco J. Camps Cabellos de Oropesa | 4º de ESO

Historia de mi abuela

Mi abuela nació en 1926, en Valdecarpinteros (Salamanca), en una época turbulenta a nivel político. Gobernaba Primo de Rivera. Para cuando mi abuela tenía cinco años, ya había habido tres cambios de gobierno y en 1931 abdicó el rey y se proclamó la República. A nivel económico había una gran euforia, con un notable desarrollo de infraestructuras, entre las que destacan la creación de las cuencas hidrográficas, CAMPSA y Telefónica. La población española creció en el primer tercio de siglo, pasando de 18,6 millones de personas en 1900 a 23,5 en 1930. Hubo gran emigración de la gente a las ciudades, con el 50% de población urbana en 1930.

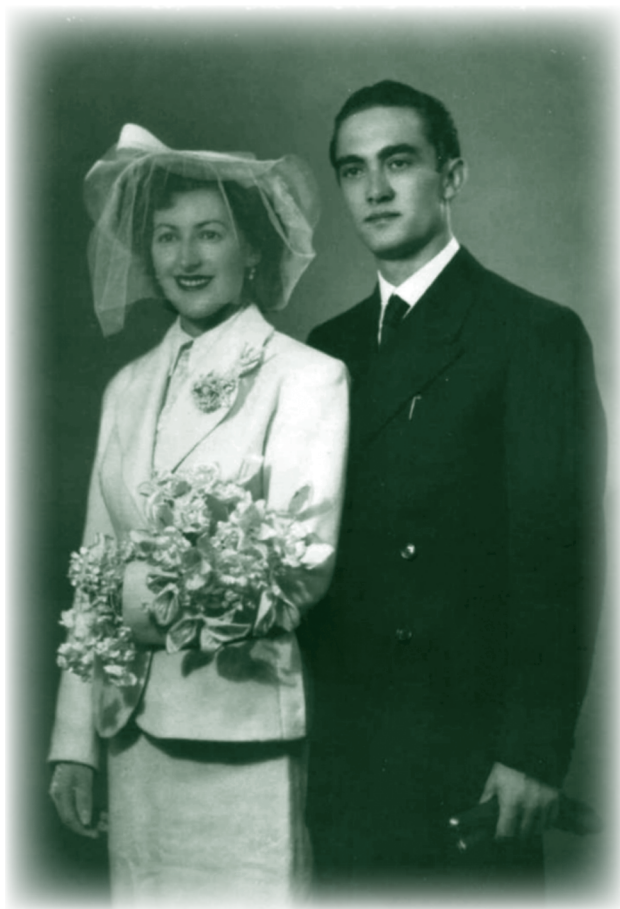
Pero mi abuela se crió en el campo, ya que su padre tenía muchas tierras para el ganado y también tierras cultivables. Mi bisabuelo se dedicó siempre al campo pero, como no tenía hijos, un hombre le ayudaba, aunque mi abuela y sus hermanas también le echaban una mano en determinadas tareas, como echar de comer a algunos animales, regar las plantas, sembrar, recoger fruta de los huertos; pero todo esto pasaría un poco más tarde...

De momento mi abuela era una niña de cinco años a la que le gustaba jugar con las pocas cosas que había y con la imaginación que una cría de esa edad podía tener. Con esa edad, mi abuela comenzó la escuela, a la que le gustaba mucho ir a aprender cosas.

Sus abuelos vivían en la ciudad y, de vez en cuando, le compraban y regalaban cuentos. Ya desde pequeña despuntó en la lectura y cuenta que,

desde entonces, no ha dejado de leer. También le gusta mucho escribir y, sobre todo, dibujar. Con el tiempo leerá a todos esos autores contemporáneos de la Edad de Plata de la Literatura Española, concretamente a los de la Generación del 98 y del 27.

Mi abuela tenía diez años cuando, por motivos políticos, comenzó un nuevo periodo turbulento que acabaría con la guerra civil española en 1936 y la división del país en dos zonas. Como mi abuela vivía en Salamanca, pertenecía a la parte nacional, pero la guerra trajo además muchas consecuencias nefastas: demográficas, con la pérdida de gran parte de la



población joven; económicas, ya que se destruyó la industria del país, lo que llevó a una economía básicamente agraria, al hambre y a las enfermedades de la posguerra.

Mi abuela vivió la guerra, pero tuvo la suerte de que en esa zona no hubo mucho conflicto, pero sí que escuchó el ruido de las bombas y vio pasar los aviones; por ello se vivía con cierto miedo. En los años siguientes a la guerra, mi abuela me cuenta que no pasó muchas penurias, ya que su padre tenía tierras en las que cultivaba todo lo necesario.

La guerra terminó en 1939 y se impuso el régimen franquista. Hasta bien entrados los años cincuenta, España sufrió las consecuencias de la guerra y de la posguerra. Mi abuela seguía viviendo en su pueblo y continuaba en la escuela. Disfrutó mucho en el campo. Me cuenta que le gustaba mucho subirse a los árboles y coger moras, colgar cuerdas y hacerse columpios, ir al huerto a coger frutas y verduras, también salir a coger higos, ir a la era con su padre para subirse en el trillo mientras se trillaba la paja y acercarse al apeadero del tren y ver pasar los trenes. También le gustaba bastante ir a la pradera y sentarse a leer.

Así pasaron los años hasta que, en 1945, su padre fue requerido por un marqués para que llevara la administración de sus tierras. Toda la familia se desplazó hasta Extremadura, a una finca llamada El Fresno, donde predominaban las encinas y que muy cerquita tenía un pantano llamado El Borbollón, que todavía existe. Mi abuela asistió a su inauguración; fue construido por el régimen franquista.

Una escuela adosada a una iglesia cambiaría la actividad de mi abuela. La maestra se puso enferma y mi abuela la sustituyó. Al principio fue por poco tiempo, pero luego resultaron ser cinco años. En estos años mi abuela fue muy feliz, porque le gustaba estudiar Magisterio.

En El Fresno conoció a mi abuelo, militar destinado en esa zona. Después de un tiempo, a la edad de 26 años, se casó y comenzó su andadura

por diversas zonas de España. Primero estuvieron en un pueblo de Cáceres llamado Villanueva de la Sierra. Allí nació su primer hijo; el segundo nació en El Borbollón. Los años en Villanueva no fueron fáciles para mis abuelos. El cuartel donde vivían era muy viejo, lleno de humedades y compartían con otros vecinos algunas dependencias.

En cuanto pudo, mi abuelo pidió otro traslado y se fueron a vivir a Montehermoso. Las cosas allí fueron mejor, aunque hay que recordar que se estaba saliendo de la posguerra y la vida no era fácil para nadie: se carecía de bastantes cosas. En este pueblo nació mi madre. Mis abuelos me han contado que ese día fue un día de nieve, de mucha nieve. Las compañeras de mi abuela le dijeron que la llamase María de las Nieves, pero a mi abuela siempre le había gustado Pilar y así es como se llama.

En este pueblo mi abuela hizo muy buenas amigas; además estaba muy cerca de la casa de sus padres, a los que visitaba con frecuencia. También vivían cerca sus hermanas. Los militares, según mi abuela, tienen un inconveniente o una ventaja, según se mire. Para ella era una ventaja que mi abuelo ascendiera, y el vivir en diversos pueblos o ciudades, lo que ha hecho que conozca a mucha gente, la cultura de otros pueblos..., pero siempre le ha dolido estar lejos de la familia, tanto de la suya como de la de mi abuelo.

Un nuevo ascenso les lleva esta vez hasta Valladolid. Primero sería un pueblo, a 40 kilómetros de la capital, y después a la misma capital. Allí estuvieron unos once años. Mi abuela recuerda el tiempo allí vivido como muy bueno. Valladolid es una ciudad cultural y artísticamente impresionante y a mi abuela el arte siempre le ha gustado. No quedó monumento ni museo sin visitar. Además tenía buenos colegios, buenos cuarteles e hicieron muy buenos amigos. Allí se casó su hijo mayor y allí viven sus nietos, por lo que siempre se sentirá ligada a esta tierra.

Entre los años 1960 y 1975 se dio una gran evolución política en España. Este periodo corresponde con la historia de mi abuela, desde que nació

hasta que mis abuelos se trasladan a Valladolid. Franco, debido a su edad, tiene que designar un sucesor y éste será Juan Carlos de Borbón, nieto del rey Alfonso XIII. Este hecho ocurrió en 1969.

A partir de entonces, en España se inicia un periodo de acelerado crecimiento económico que propicia la aparición de la sociedad del consumo, la extensión del uso de los electrodomésticos; dos tercios de los hogares tenían televisor en 1969 y una cuarta parte de las familias tenían automóvil.

Referente a esto, mi abuela me contó que hasta que no llegaron a Valladolid no tuvieron televisor y apenas tenían electrodomésticos, sólo una lavadora que había que vaciar mediante una goma, una radio para oír las noticias y poco más.

Fueron de los primeros en comprarse una televisión en blanco y negro –porque en color no existían– y fue todo un acontecimiento para los familiares y vecinos, que se dejaban caer por allí para ver los partidos y los niños los dibujos animados. Mi abuelo también se compró un coche. Me han dicho que hacían muchos viajes con él y, a pesar de ser un SEAT 850, lo llamaban "todoterreno".

En 1975 mis abuelos dejan Valladolid y se van a Murcia, concretamente a Molina de Segura. Este traslado coincidió con la muerte de Franco. Juan Carlos I fue proclamado rey. Se inicia un proceso de transformación que llevará de una dictadura a una democracia. El gobierno de Suárez hizo frente a dos desafíos: elaborar una Constitución y hacer frente al terrorismo de ETA.

Desde el principio mi abuela, persona abierta, encontró buenas amigas y, como ya tenía los hijos mayores, comenzó a asistir a los centros de promoción de la mujer, donde daban charlas y hacían algunos trabajos de artesanía, Más tarde asistió a cursos de dibujo y pintura, algo que desde pequeña le había gustado hacer.

Así van transcurriendo los años en Molina de Segura hasta que, en 1980, otro ascenso –y esta vez el último– de mi abuelo les lleva a la provincia de Huelva, donde están aproximadamente un año y medio, hasta que regresan de nuevo a Molina.

En este pueblo, llamado Encinasola, mi abuela estuvo muy a gusto. Aparte de que estaba con familiares de mi abuelo, que es de Huelva, al ser un pueblo de escasa contaminación, rodeado de encinas, a mi abuela le recordaba mucho a su pueblo natal. Estando en Encinasola y debido al deterioro político que se inicia en 1980 por el brutal terrorismo de ETA y el malestar de muchos militares de extrema derecha, se iniciaron los contactos para la preparación de un golpe. Un grupo de guardias civiles, al mando del Coronel Tejero, entraron en las Cortes y decretaron el estado de guerra. Afortunadamente el rey actuó rápidamente.

En el 83, mis abuelos regresaron a Molina. En este año nació su primera nieta y en el 85 su primer nieto. En el 90 se casaron mis padres y en el 92 nací yo. Como mis padres trabajaban, mis abuelos se encargaron de mí hasta que tuve la edad de ir al colegio a los 4 años.

Los dos primeros años mi abuela me sacaba de paseo, me llevaba a ver los patos, me daba la comida, hasta que regresaba mi madre del trabajo. Ya con dos años, mi abuela me llevaba a la guardería y me recogía, porque estaba muy cerca.

Siempre que mi madre ha necesitado que cuidara de mí o de mi hermano lo ha hecho con agrado. No le ha costado contarme a grandes rasgos su historia y, aunque dice que necesitaría un libro para contarle todo, sí me he hecho una idea de lo que ha sido su vida ■

